

BRASIL : ¿DEL SUEÑO AL INSOMNIO, DEL INSOMNIO A LA PESADILLA ?

**Por Sebastián Materazzi*

Brasil ha tenido siempre una tendencia (benéfica, por cierto) a considerar su propia historia desde una perspectiva particularmente optimista. No son pocos ejemplos en los que la manera en que ese país se autoconcibe y se representa a sí mismo terminan siendo demasiado benévolo y la realidad emerge, algo más tarde, con rasgos bastante más severos que los que la ciudadanía y los políticos del país imaginaban.

En la última década larga, sin embargo, durante un cierto tiempo la mirada descendiente del Brasil sobre sí mismo tuvo visos de realidad efectiva. Desde los años 2000, y en particular durante el quinquenio 2005-2010 (y a pesar de la crisis de 2008 en los EE.UU. y sus consecuencias posteriores) la economía del país creció consistentemente en el entorno de los 4.5% anuales. A esto se sumaron, como signos monitorios de un Brasil que creía, cada vez más consistentemente, en el inventario de ventajas del BRICS, el ingreso de capital internacional era masivo, los descubrimientos de importantes yacimientos de hidrocarburos sorprendieron a muchos actores nacionales e internacionales, los éxitos (y alguna que otra metida de pata) en la arena internacional que eran retroalimentados por países en situación similar (Rusia, India), la obtención de las sedes para la Copa Mundial FIFA y para las Olimpiadas de 2016. Por otro lado, la instalación en el mercado interno, desde más o menos el año 2005, de un dinamismo que no se había conocido en mucho tiempo.

Lo que motiva la inquietud de los analistas internacionales (y de algunos analistas brasileños que no se han dejado llevar por la autocomplacencia tradicional y generalizada ya mencionada) es que todo indica que las cosas se complicarán considerablemente desde ya hace unos cuantos meses. El sueño se tornó en insomnio hacia finales del 2012 y, en lo que va de este año, aparecen pesadillas difíciles de descartar.

Desprenderse (aunque quizás no tanto si el optimismo no hubiese sido general), durante el año 2011 la economía brasileña redujo bruscamente su crecimiento del 4.5% al 2.7%. Aunque el resultado no era catastrófico, resultaba seguramente un indicador bastante claro de que el sueño brasileño estaba con serias dificultades para mantenerse. En especial porque, al menos una buena parte de las razones del crecimiento mencionado estaban a la vista de todo el mundo. Un fortalecimiento del real y un medido de la moneda nacional tornaba las exportaciones cada vez más costosas. Los déficits crónicos de la infraestructura brasileña se fueron haciendo cada vez más notorios a medida que los volúmenes de producción que la economía generaba crecían. La ampliación del mercado interno (apoyado por una política de mejoras salariales y flexibilización del mercado de trabajo que, por bien intencionada que fuese, no mejoraba los ritmos de crecimiento de los otros indicadores de la economía) más el surgimiento de un "clase media" que comenzó a acceder al crédito y al consumo de manera acelerada, todo ello determinó la aparición de presiones inflacionarias que día a día se revelaban más difíciles de controlar.

año 2012 significó ya la exposición a cielo abierto de que el sueño brasileño se ha humado y que, de lo que se trataba de ahora en adelante, era de evitar la invasión pesadilla. El año pasado, el crecimiento económico cayó al 1%. Aunque va alistas insisten en relativizar el significado de este guarismo diciendo que 1% es alquier caso, “crecimiento” y no recesión, todo economista junior sabe que un incremento del PIB en Alemania, Japón o los EE.UU. es una señal claramente positiva mientras que el mismo 1% en Brasil, México o Indonesia, *no es una señal raramente positiva* porque tanto las dinámicas demográficas como los déficits estructurales en infraestructura o utilización de tecnología (léase competitividad y replicar), son realidades específicas de muchos de los países no totalmente desarrollados. Por otra parte, el fenómeno es tanto más inquietante cuanto países como Perú o Chile no han visto descender el dinamismo económico con tasas de inversión que iba de 27% que hacen palidecer el 19% de la economía brasileña.

y es evidente, para quien no esté cegado por el apoyo incondicional a un gobierno de Rousseff que, además de seguir empantanado en las consecuencias del vergonzoso escándalo del “Mensalão”, exhibe que la dirección política del país carece de rumbo, es particularmente confusa porque, entre otras cosas, no logra entender cuáles son los motores del crecimiento aparentemente tan eficaces hasta hace dos años y no explican ni las razones por las que los objetivos sociales tan ansiosamente buscados se obtienen.

parece difícil advertir que aquellos motores del crecimiento que alimentaron el boom no están fallando de manera cada vez más obvia. La exportación de materias primas a precios muy altos está deteniéndose (y que agradezca Brasil que este entretardamiento es siendo relativamente gradual) porque el motor principal de esas exportaciones, el dólar, está tropezando con sus propios problemas. El ingreso de capital, como en muchos países emergentes, se vuelve cada vez más lento puesto que los capitales no vuelven a llegar nuevamente hacia los mercados maduros de los países desarrollados que dan señales de haber superado el momento más profundo de la crisis. Cabe mencionar que uno de los puntos más cuestionables de la reacción gubernamental a la detención del crecimiento económico es la aparición de fuertes medidas proteccionistas en el campo de la política comercial. Pero donde los peores signos comienzan a hacerse ostensibles es en el mercado interno y las políticas sociales.

Después del brusco tropezón del crecimiento, el gobierno Rousseff optó por impulsar una política monetaria fuertemente laxista, reduciendo tasas de interés internas. Pasa ahora, lo que ha logrado es incrementar la inflación sin que por ello el crecimiento se vea realmente fortalecido. Y ello a pesar de que el gasto público continúa a crecer a la sombra de la demanda de infraestructuras (perfectamente justificadas en su mayoría) que requieren los eventos deportivos globales en ciernes.

Al mismo tiempo, el demencial despliegue de ayudas sociales, de subsidios a combustibles, la electricidad, transporte, etc. y la multiplicación de proyectos de obras, en un lenguaje raramente populista y demagógico cuyos efectos serán muy poco significativos, tal como se ve en el frente económico como en el social retroalimentan la inflación sin concretar nada. El mismo slogan “del cambio social” pero comenzando ya a hipotecar el equilibrio nacional.

La desigualdad social en el Brasil sigue siendo esencialmente la misma aunque el gobierno clame por “una disminución de la pobreza”. El 1% de la población brasileña concentra el 45% del ingreso y, aun hoy, más de 10 millones de personas carecen de una habitación que merezca el nombre de tal.

do indica que, aunque el Brasil del futuro no ha de ser igual al de antes del año 2000, un poco es plausible creer que el país ha conseguido superar los problemas estructurales de su subdesarrollo. Mientras las élites políticas no abandonen los reflejos populistas tan abundantes en América Latina, este gran y promisorio país seguirá siendo incapaz de consolidar cifras y modalidades de crecimiento como supieron hacerlo, en su momento, un buen número de países del Asia, como Corea del Sur, y mencionar más que un ejemplo.

**Licenciado en Ciencias Políticas
Master en Desarrollo Económico
Université de Paris I Sorbonne (Panthéon).*